JUEGOS NARRATIVOS 2026



Categoría Narrativa Escrita. Educación Media Básica

Mención a la creación: ***El primer pase***	Creadores: **Ivan Bitancurt y Melany Aparicio**
Institución: **Liceo N.º 1 de Minas, Lavalleja**	

El primer pase

Emilia odiaba los martes. Los odiaba desde que la luz del amanecer pasaba por sus cortinas y la alarma de su celular empezaba a sonar. Pero lo peor era cuando, al segundo de apagarla, se acordaba de que después de clases tenía educación física. Ese día, después de tener todas sus clases y volver a casa a comer tuvo que regresar al liceo para educación física, tenía una sensación rara en el pecho. Era esa misma sensación que tenía todos los martes. Aunque siempre intentaba no pensar demasiado en eso, pero a veces la bajoneaba.

Entró al gimnasio mirando alrededor, buscando a su amiga. Al menos con su amiga estaba un poco más tranquila. Pero allí veía solo a algunos compañeros y a su profesor, pero no a su amiga, Entonces recordó que ella le había dicho que no iría. En ese mismo instante, esa pequeña esperanza se desvaneció y sintió el pecho más apretado que antes. Intentó calmarse, respirando y pensando que todo saldría bien. Parecía una exageración, pero para Emilia no lo era.

Después de que el profe Luis dejó la pelota en el medio de la cancha y miró su reloj de pulsera, levantó la vista hacia donde estaban todos. Con la autoridad y la calma que lo caracterizaban, dijo: —Bueno, gurises. Vayan armando grupos de cinco. Y desde ese mismo momento, todo fue pasando demasiado rápido. Las voces de sus compañeros se empezaron a mezclar; algunos se llamaban desde la otra punta de la cancha, otros corrían para juntarse con sus amigos. Emilia, en cambio, se quedó parada, jugueteando con sus dedos, encogiéndose en su propio lugar, deseando que en el piso del gimnasio de repente se armara un agujero y se la comiera sin dejar rastro. No era que la

odiaran o les cayera mal, simplemente no la elegían. Eso hacía que terminara estando en algún equipo al que le faltaba una persona. Y, sinceramente, Emilia odiaba ser esa persona, ser esa última opción. Aunque solo fuera un juego, le dolía un poco más de lo que quería admitir. A veces imaginaba cómo se sentía meter un gol, que sus compañeros la eligieron primera para jugar, fantaseaba con la gloria de ser quien metiera ese penal que ganara el partido. Pero eso les tocaba a otros, no a ella. Al final, terminó en uno de los grupos que se habían armado a las apuradas al que le faltaba uno. Nadie se quejó de que estuviera ahí, aunque ella sentía lo contrario.

—Bueno, somos cinco —dijo uno de los gurises, contando con los dedos. Emilia simplemente asintió y esperó, sintiéndose un poco fuera de lugar. El partido empezó y, como siempre, trató de mantenerse lejos de la pelota. Corría solo cuando sus compañeros corrían o cuando la jugada se acercaba, pero, de más, se quedaba quieta, como si fuera una estatua que solo sabía respirar y mirar. Trataba de que no la vieran. Prefería no llamar la atención, sobre todo porque sabía que, si la pelota llegaba a sus pies, podría perderla.

Ni siquiera quería imaginar qué le dirían por eso. De pronto vio su reflejo en el vidrio de la ventana, se veía medio borroso, pero seguía siendo ella. Tenía los hombros caídos, los brazos pegados al cuerpo o las manos en los bolsillos y la mirada llena de inseguridad, Se quedó mirándolo un segundo y, por un momento, por su mente pasó que capaz ese era el problema. Nadie la estaba dejando afuera a propósito; estaba tan preocupada por equivocarse, por lo que le dijeran y por cómo la trataron, que terminaba apartándose sola. Pero ya estaba cansada de llegar a educación física con ese nudo y pasar pensando siempre en lo que los demás podían estar pensando de ella. No podía hacer que la eligieron

pero sí sabía que podía intentar hacer algo distinto. Al final, se decidió. Respiró hondo, soltó los brazos y enderezó un poco la espalda. Vio un espacio libre cerca de uno de sus compañeros y corrió hacia ahí. Por un momento, dudó mucho. ¿Y si no la veía? ¿Y si le pasaba la pelota y la perdía? —¡Acá! —gritó. Y, para su propia desgracia, la voz le salió más fuerte de lo que esperaba. Su compañero levantó la cabeza, confundido, pero sin pensar mucho le pasó la pelota. Emilia sintió que el corazón le pegaba un salto. La pelota llegó a sus pies y, durante un segundo, no supo qué hacer. Sus manos empezaron a temblar ligeramente hasta que miró hacia adelante. Otra compañera estaba libre y, antes de pensarlo demasiado, se la pasó. El pase salió bien, demasiado bien para lo que pensaba que iba a pasar. No fue una jugada increíble. Solo fue un pase, pero había salido bien. La jugada siguió y, unos segundos después, su equipo hizo un gol. Cuando volvieron a la posición, el mismo compañero que le había pasado la pelota le chocó la mano con una sonrisa. —Bien ahí, Emi.

Emilia sonrió un poquito. El resto del partido siguió igual. Se equivocó un par de veces, perdió una pelota y casi se llevó puesto a un compañero, pero esta vez no se quedó pensando en cada error. Cuando el profe Luis tocó el silbato para terminar, ya estaba cansada, despeinada y transpirada, pero el nudo que había sentido al entrar ya no estaba.

Los martes seguían siendo un bajón. Seguía sintiendo que el ruido de la alarma era el peor del mundo. Eso no había cambiado y, tal vez, por ahora no iba a cambiar. Pero sabía que tampoco tenía que cambiar todo de golpe, que tenía tiempo. Emilia no se había convertido en una crack del fútbol, ni de repente todos sus compañeros se peleaban por jugar con ella. Simplemente había dejado de esconderse. Había decidido jugar. No era la mejor y tal vez nunca lo sería, pero ahora era una más del grupo y se divertía. Y, al menos por ahora, eso era suficiente.

Secretaría Nacional del Deporte

Ministerio de Educación y Cultura

Dirección Nacional de Cultura

INLET Instituto Nacional de Letras

ANEP Consejo Directivo Central

Ceibal

Ministerio de Desarrollo Social

Instituto Nacional de la Juventud